

Las Familias que habitan en un niño

Autores: Viviana Cristina Gays

Universidad Católica de Santiago del Estero – DAR (Rafaela). E-MAIL: vgays@hotmail.com.

Psicopedagoga egresada de la U.C.S.F (1984). Especializada en Psicoanálisis a través de Cursos, Jornadas, Posgrado y Seminario de Maestría, ambos con evaluación. Ejerce la clínica privada desde hace 32 años, en la atención de niños, adolescentes y adultos. Organizadora y disertante en Cursos, Conferencias y Seminarios. Ex docente de nivel Medio y Terciario en materias del área de la Psicología. Ex columnista en programas de radio, TV y en un diario local sobre temas de su especialidad. Publicó periódicamente artículos en diferentes medios escritos. Exponente en las XI Jornadas de la Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud de Rosario. Docente de la U.C.S.E - Dar en la carrera de Psicopedagogía desde 2014.

Resumen

La práctica psicoanalítica con niños exige el esclarecimiento de las diferencias y similitudes del trabajo con adultos. El niño, con su síntoma, responde –generalmente- al síntoma de la estructura familiar.

La familia durante los últimos siglos ha sufrido innumerables cambios. Pensar la Paternidad y la Maternidad exige contextualizar permanentemente estos términos, cómo han jugado uno y otro en una lucha de poder y supremacía, y las derivaciones que este juego trajo consigo en el lugar de cada uno de los miembros. Esta contextualización permite entonces una lectura correcta.



A los cambios intrínsecos que responden a hechos históricos y culturales, se le suman los provocados por la Ciencia y la Tecnología. Es probable que la familia no pueda dar cuenta de la desestructuración y rearmado permanente al que se encuentra sometida. Sus respuestas no siguen el ritmo de aquello que la influencia y reestructura.

Y allí un niño muestra, con su síntoma, no sólo esta dificultad, sino además las represiones, silencios, secretos a los que han tenido que recurrir sus integrantes para sostener un cierto equilibrio.

Pero lo interesante de este recorrido es pensar lo infantil -su desarrollo y lo sintomático en él- no exclusivamente desde su biografía y sus determinantes biológicos. Porque no es allí donde se estructura su subjetividad.

Palabras clave

Niños, Familias, Cambios, Origen

Families living within a child

Abstract

The psychoanalytic practice with children demands the clarification of the differences and similarities of working with adults. The child, with its symptom, responds -usually- to the symptom of the family structure.

The family during the last centuries has undergone innumerable changes. Thinking about Fatherhood and Motherhood requires a permanent contextualization of these terms, how they have played each other in a struggle for power and supremacy, and the derivations that this game brought with it in the role of each of the members. This contextualization is what allows a correct reading.

In addition to the intrinsic changes that respond to historical and cultural events, those caused by Science and Technology are added to it. It is probable that the family cannot account for the permanent destructuring and rearming to which it is subjected. Its answers do not follow the rhythm of what influences and restructures it.

And then is when a child shows, with his symptom, not only this difficulty, but also the repressions, silences, secrets to which members of his family have had to resort in order to maintain a certain balance.

But the interesting thing about this journey is to think about the child -its development and the symptoms in him- not exclusively from its biography and its biological determinants. Because it's not there where his subjectivity is structured.

Key Words

Children, Families, Changes, Origin



Desarrollo

Trabajar con un niño y, consecuentemente, con su familia, ha sido históricamente el gran desafío de los profesionales “Psi”. Independientemente de todo lo que se ha dicho y escrito sobre las diferencias entre el análisis de niños y adultos, Ana Freud (citada en Peusner) afirma; “Pero en el inconsciente (...) los niños no son de ninguna manera fundamentalmente distintos de los adultos”.

“El sujeto del inconsciente no tiene edad, ni crece, ni se adapta, ni madura. El sujeto del inconsciente se constituye de una vez y cada vez, en cada acto” (Marino y Blasco, 1992, p. 108)

En clínica de niños aparece bien expuesto aquello que en la clínica con un paciente adulto aparece totalmente escondido... El concepto de “sujeto”: Con un paciente adulto damos totalmente establecida desde el principio la presencia del sujeto coincidiendo con la persona que tenemos sentado enfrente; en clínica de niños la multiplicación de los actores y de las voces complica notoriamente este problema, nadie con dos dedos de frente podría llegar a suponer de entrada que el sujeto es el niño. (Peusner, (s.f), clase 1)

Los analistas debemos ser rigurosos en pensar y decidir a quién vamos a atender cuando un niño es traído a consulta por sus padres, o sólo por uno de ellos...

Es decir que en este punto la clínica con niños incluye una instancia de decisión que puesto que se trata de una decisión, entra en el terreno de las decisiones éticas y que no es solamente la decisión de “tomar o no tomar el caso” (como podría ser en la clínica de adultos), sino que aquí se trata de establecer a ciencia cierta a quien considerar analizante. Entonces, la propuesta consiste en tratar de hacer advenir un analizante por alguna vía articulada, teórica y argumentada-sin perder de vista la posición ética de lo que supone una decisión de este tenor (Peusner).

Ahora bien: si decidimos trabajar con un niño, en la concepción que de él elabora Jacques Lacan, “el síntoma del niño está en posición de responder a lo que hay de sintomático en la estructura familiar” (Lacan, 2007, p. 55). Por ello decido hacer un breve recorrido que dé cuenta de algo de esa estructura familiar:

El carácter de fenómeno universal de la familia, que supone por un lado una alianza (el matrimonio) y por otro una filiación (los hijos), radica entonces en la unión de un hombre y una mujer, es decir, un ser de sexo masculino y otro de sexo femenino (Roudinesco, 2003, pp. 13,14).

Esta conceptualización de familia es la que ha sido continuamente jaqueada en el devenir de los tiempos. Roudinesco (2003), en su obra *La familia en desorden* distingue tres grandes períodos en la evolución de la familia: En un primer momento, la llamada familia “tradicional” sirve ante todo para asegurar la transmisión de un patrimonio. Los



casamientos se arreglaban entre los padres sin tomar en cuenta la vida sexual y afectiva de los futuros esposos, unidos en general a una edad precoz (p. 19). Esta familia estaba claramente sometida a una autoridad patriarcal. Ya en un segundo momento, la llamada familia “moderna”, se impone entre los siglos XVIII y mediados del siglo XX. Fundada en el amor romántico, sanciona a través del matrimonio la reciprocidad de sentimientos y deseos carnales. Pero también valoriza la división del trabajo entre cónyuges, a la vez que hace del hijo un sujeto cuya educación está a cargo de la Nación (p. 19).

Ya partir de esta familia “moderna”, padres y madres, padres y Estado comparten o se delegan mutuamente la autoridad y la necesidad de educación a sus hijos, situación que se constituye en punto álgido y de incesantes cuestionamientos.

Siguiendo a Roudinesco, a partir de la década de 1960, se impone la llamada familia “contemporánea” -o “posmoderna”- que une por un período de extensión relativa a dos individuos en busca de relaciones íntimas o expansión sexual (pp. 19-20). Ahora bien, “la familia autoritaria de otrora y la familia triunfal o melancólica de no hace mucho” (Roudinesco, 2003, p. 21), dieron paso a familias deshinchadas, recompuestas, de violencias explícitas o silenciadas y de tantas otras versiones. Pero... ¿cuáles fueron los cambios profundos de los que la historia puede dar cuenta?

Inicialmente, es el padre el que tiene plenos poderes sobre su mujer y sus hijos. “En el derecho romano, pater es quien se auto designa como padre de un hijo por adopción, al alzarlo con sus brazos” (Roudinesco, 2003, p. 22). Recuerdo esa bella imagen de la película “El rey León” cuando, al nacer su hijo, el rey de la selva, desde lo alto de un peñasco, lo exhibe para que sea admirado y alabado por todos los animales que asistieron a esa ceremonia de consagración de paternidad. Entonces, lo biológico está subordinado a una designación explícita, ya sea de hecho o de palabra. “La paternidad natural entonces, no tiene significación en el derecho romano...en cuanto al padre, puede, si quiere, legitimar a cualquier hijo natural” (Roudinesco, 2003, p. 22).

Es el cristianismo el que invierte los términos imponiendo la paternidad biológica, seguida de una necesaria función simbólica. Ya aquí comenzamos a encontrar, fundamentos para entender retazos de historias familiares sumidas en secretos, en palabras reprimidas, en orígenes ocultados.

Thomas Hobbes en su *Leviatán*, citado por Roudinesco (2003, p. 29) considera que “el orden del mundo está compuesto por dos principios soberanos: el estado de naturaleza, representado por la madre, única que puede señalar el nombre del padre, y el estado de adquisición, encarnado por este último... pues en el estado de naturaleza, en el cual no existe ninguna ley sobre el matrimonio, no puede saberse quién es el padre, a menos que la madre lo designe... En el estado de adquisición, la autoridad corresponde al padre...” Aun así, “la designación del padre depende, según Hobbes, de la voluntad de la madre” (p. 30).



Toda la obra freudiana dio cuenta de esta circunstancia. Contemporáneamente a su obra, “el orden familiar económico burgués se apoya, entonces, en tres fundamentos: la autoridad del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los niños” (Roudinesco, 2003, p. 40). Aún hoy encontramos vestigios de este orden, sólo hace falta escuchar a niños y padres en análisis. Que la mujer quede atrapada en su deber de madre, tenía que ver con “resistir la tiranía de un goce femenino susceptible, se cree, de borrar la diferencia de los sexos” (Roudinesco, 2003, p.40). Hay mujeres que se esconden en el lugar de madres; otras están encadenadas allí y aún no encuentran forma de salir.

Lentamente el matrimonio va modificando su estructura, las libertades que se conceden sus miembros, unidos por el amor (y no por un pacto) derivarán en la posibilidad de divorciarse. Y se instala la idea de que un niño, más allá de cómo y con quién fue concebido, tiene derecho a una familia, un padre, una madre.

¿Patriarcado o Matriarcado? “Gracias a la consumación final de su soberanía (el patriarcado) se impone a los maleficios del orden materno. El padre se encarga de separar al hijo de la madre, a fin de asegurarle su independencia: es preciso defenderlo y protegerlo contra la irrupción de lo femenino. En efecto, cualquiera sea su estatus, la Mujer, en el sentido del Mutterrecht, es para siempre encarnación del exceso, la muerte, el incesto, el salvajismo, el canibalismo. Por consiguiente, cualquier movimiento favorable a la emancipación de las mujeres constituye una amenaza para el porvenir del género humano. No obstante, Freud nunca pensó que la emancipación de las mujeres significara el crepúsculo de la razón (Roudinesco, 2003, p. 47-48). La obra freudiana, subversiva desde sus orígenes, sin embargo “hace de la familia, una necesidad de la civilización, basada por un lado, en la “coacción al trabajo” y, por otro, en el poder del amor. Este último exigió que no fuesen privados ni el hombre de la mujer, su objeto sexual, ni la mujer de esa parte separada de sí misma que era el hijo” (Roudinesco, 2003, p. 96).

Los movimientos dentro de la familia fueron incesantes y cada vez más intensos. “En el siglo XX ella iba a ser el motivo de una división incesante entre la autoridad y la libertad, el apego y la autonomía, la represión de los instintos y el advenimiento del deseo, el grupo y el individuo, el sometimiento y el conflicto” (Roudinesco, 2003, p. 101). Estos reordenamientos siguen aún vigentes, pero más complejos, pues la ciencia y la tecnología aportan sus avances en el orden de la procreación. “Hasta 1970 fue el receptáculo de una evolución de la sociedad que ratificó la declinación de la función paterna en beneficio de una autoridad parental compartida...puso fin al poder patriarcal en el cual se había originado” (Roudinesco, 2003, p. 109).

Es interesante lo que afirma Elizabeth Roudinesco: “Los primeros análisis serológicos permitieron aportar la prueba de la “no paternidad”....pero también mostraban, por primera vez en la historia de la humanidad, la posibilidad de una separación radical entre la



nominación y el engendramiento...el padre ya no era incierto, cosa que a fines del siglo XX confirmarían los exámenes genéticos” (2003, p. 111). Fruto de tantas pérdidas, el padre ya comparte con la madre el poder sobre sus hijos. Pero aún le espera un golpe final, pues con la legalización del aborto en muchos países europeos, las mujeres toman para sí el completo dominio sobre la procreación.

Mientras esto sucedía, psicoanalistas teorizaban sobre niños y sobre clínica con niños. Lugar crucial, ocupado por ejemplo por Melanie Klein que demostraba que “bajo la apariencia de la mayor normalidad, la familia afectiva moderna ocultaba en su seno los tormentos más atroces y los secretos más funestos. La patología psíquica daba la medida de la norma en el centro de una relación entre la madre y el niño que tendía a abolir la función separadora del padre” (Roudinesco, 2003, p. 115). Esta historia de la que estoy dando cuenta, se hace presente una y otra vez, no sólo en el decir de un paciente -sea este niño o adulto- sino en situaciones concretas: No nos pasa desapercibido quién solicita el turno para la atención de un niño, quién viene a las entrevistas de “padres”, qué padre viene a las entrevistas de padres: ¿el de la procreación o el de la nominación? Y en el ámbito educativo, ¿cómo plantear hoy el día del padre, el de la madre? ¡Cuántos recaudos se deben tomar cuando se invita a “la familia” para un evento de participación de un niño!

Muchos más cambios seguirá sufriendo la familia. Hasta el momento, el género -o identidad sexual- estaba determinado por lo anatómico, pero si hacemos jugar otras diferencias entre hombres y mujeres, esto da lugar a otro entramado de identidades. No olvidemos como jugaron las ecuaciones activo-pasivo, adentro-afuera en el lugar asignado a hombres y mujeres. Y fueron necesarios muchos años y episodios de gran envergadura para que allí algo -o mucho- se modificara. Me parece interesante la observación de Roudinesco sobre los efectos de las guerras en las mujeres: “la Primera Guerra Mundial (...) fue sobre todo la hecatombe de los hijos, los padres, los hermanos. Las mujeres la contemplaron de lejos (...) Las madres, las hijas, las hermanas aprendieron a prescindir de los hombres, cuyos padecimientos o despojos recogían en el hospital o cementerio. Obligadas a trabajar para seguir viviendo, se emanciparon de los signos más humillantes de una dominación masculina que les había prohibido mezclarse en la vida de la ciudad. Solas en medio de sus semejantes, dieron a luz entonces a los hijos de la generación futura (...) Veinte años después, se reencontraron con la guerra. La Segunda Guerra Mundial arrastró a las mujeres al combate (...) Resistentes o incorporadas, pasivas o mudas, se comprometieron con la pluma, la acción o el silencio de una falsa resignación. Dieron así pruebas de una determinación que, hasta entonces, había sido patrimonio de los hombres” (2003, p. 148).

La vida social exigía un reordenamiento en el orden simbólico, en la noción de autoridad y la ubicación de los roles familiares. Mujeres ya activas, hacedoras, al frente de sus vidas, sosteniendo hogares, no respondían ya a dominaciones de otrora. Se hicieron cargo de sus cuerpos, esquivas al mandato de la procreación, filtrando allí lo que del deseo



quisieran hacer jugar. La ciencia las acompañó, brindándole los recursos metodológicos para el control de la natalidad. Como ya mencioné, el divorcio puso un límite al poder masculino. Y esto, no sin pagar el precio del sufrimiento que en ellas y en sus hijos ocasionaron estas fracturas y rearmados.

“Al igual que los hombres podían también procrear hijos en varias camas y hacerlos cohabitar en familias llamadas “coparentales, recompuestas, biparentales, multiparentales” (Roudinesco, 2003, p. 167).

A la familia se le asestó un golpe final cuando no fue necesaria la diferencia sexual en su conformación, destruyendo así su principio fundamental. Familias homoparentales entraron en juego. Nuevamente la ciencia posibilitó reemplazar el acto sexual con alternativas como la inseminación artificial y la fecundación “in vitro”. Ni el semen de “un” hombre es indispensable, ni el útero de “una” mujer. La adopción como otra alternativa se suma a todas estas variables. La Ética tiene que filtrarse en un sinfín de cuestiones en torno a esto, y las legislaciones permiten y prohíben al mismo tiempo en diferentes países.

Este recorrido histórico fue necesario para retomar nuestra posición ante un niño y su conflictiva que inevitablemente atañe al armado de su subjetividad. Si, como cité en los inicios de este trabajo, lo sintomático del niño responde al síntoma de la estructura familiar, hay que tener en claro de qué se trata cuando hablamos de estructura familiar, porque “si es familiar, ya no se trata sólo de papá y mamá” (Peusner, clase 1).

Por eso hay que estudiar a la familia, pero no en su sentido restringido, como familia biológica. “Lo que Lacan empieza a trabajar es cuál es la constelación que precede el nacimiento del sujeto, sujeto entendido como persona (...) la prehistoria es antes que comience la historia y la historia de un sujeto comienza con su nacimiento” (Peusner, clase 2).

Afirma Peusner: “Facilitándonos la noción de familia extendida -vamos a decirlo así, genéricamente, de familia más extendida que la familia conyugal biológica-, accedemos con mayor facilidad a pensar en términos de funciones y de relaciones de parentesco de valor netamente simbólico” (clase 2).

“El lazo genético (...) es el acceso a una identidad biológica que no define al sujeto psíquico (...) Venir al mundo en calidad de hembra o macho no garantiza ni la identidad de género ni la subjetividad (...) La identidad, el sentimiento de sí (...) se trata de algo a construir y no a descubrir, a construir y a defender contra viento y marea con el fin de evitar que zozobre el yo” (Bauman, citado en Hornstein, 2015, p. 75).

Aún a sabiendas de que Maternidad y Paternidad son efectos de un discurso, la pregunta que insiste en este trabajo es: ¿Qué de la verdad sobre sus orígenes a un niño? Los niños adoptados, hijos y nietos de desaparecidos, hijos de parejas homoparentales, hijos de “probeta” (como solía decirse), hijos de padres que bajo secreto no son sus padres, hijos de padres que nunca existieron, ni siquiera en el discurso materno... ¿están destinados a sufrir



por esta condición?

Quizás sí, o no, de hecho debemos admitir que seguramente el destino de ellos será signado por cierto mal-estar, “porque nunca salen indemnes de las perturbaciones ligadas a su nacimiento” (Roudinesco, 2003, p. 210). O, en palabras de Castillo et al (1992), “Lo infantil en tanto aquello rechazado, lo que no se recuerda, no se desarrolla, es mudo (...), determina entonces aquello que se desarrolla como síntoma” (p. 124).

La clínica con niños y su ética implícita se apoya en fundamentos por los cuales sabemos que cada uno porta su verdad, bajo la forma de un saber no sabido. Desplegarla, en tiempos de nuevas formas de sufrimiento, sigue siendo el desafío de la práctica analítica.

Bibliografía

- Bleichmar, S. (2011). La construcción del sujeto ético-Parte I. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós
- Castillo, C., Fabrykant, C., Falcon, E., Gez, B., Heffes, P. y Tote, S. (1992). La práctica del psicoanálisis con niños: una política. En Centro Pequeño Hans (Ed.), Transferencia e Interpretación en la práctica con niños (pp. 121-128). Buenos Aires, Argentina: Editorial ATUEL.
- Colovini, M. (1993) Paternidad. En Con(b)ocatoria Psicoanalítica (Ed.), Cuartas Jornadas-Acerca de la clínica psicoanalítica (pp. 199-205). Rosario, Argentina: Ed Cromo gráfica.
- Diaz, G. y Hillbert, R. (1998). El tren de los adolescentes. Buenos Aires, Argentina: Ed. LUMEN/HVMANITAS.
- Lacan, J. (2007). Intervenciones y Textos 2. Buenos Aires, Argentina: Ed Manantial
- Marino, J. y Blasco, N. (1992). El lugar del analista en la interpretación. En Centro Pequeño Hans (Ed.), Transferencia e Interpretación en la práctica con niños (pp. 107-112). Buenos Aires, Argentina: Editorial ATUEL.
- Peusner, P. (sf). Seminario El Sufrimiento de los niños según Lacan. Lugar de publicación: Edupsi.com. Recuperado de <http://www.edupsi.com/sufrimiento/>
- Rother Hornstein, M. C. (2007). Navegando hacia la identidad. En Lerner, H. y Sternbach, S. (ed.), Organizaciones Fronterizas. Fronteras del Psicoanálisis (pp. 73-89). Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Roudinesco, E. (2003). La familia en desorden. Buenos Aires, Argentina: Ed Fondo de Cultura Económica.